

MAX SCHELER

Wer das Tiefste gedacht, liebt das Lebendigste.
Hölderlin.

Cuando la gloria cierta venía al encuentro de su esfuerzo profundo y estremecido, lo sorprende la muerte. Certifica ésta así, una vez más, que el junco pensante pascaliano es tanto más frágil al soplo ciego del destino cuanto con más belleza y plenitud rinde su flor.

Muere en el momento mismo en que, transpuestos ya los lindes de lo temporal, había alcanzado la más avanzada latitud en su marcha hacia el reino invisible del hombre --uno con el de la divinidad misma. Caudaloso devenir vital que encuentra prematuro límite cuando su conato, lleno de patético temblor, había arrojado la primera ancla en lo absoluto e intuido la trayectoria del movimiento esencialmente infinito del hombre!

En Max Scheler, el filósofo y el hombre se compenetraban, se fundían en armoniosa unidad; ambos, igualmente grandes, integraban el ritmo magnífico de un espíritu en constante progresión.

La inquietud de lo trascendente dinamizaba esta vida y reflorecía pujante en su visión filosófica y humana, otorgando significación perdurable a su labor. Quemado interiormente por sed de conocimiento, se ahincó en lo absoluto, se adentró en la esencia del hombre. Mas su pensamiento, rico y plástico, lejos de encerrarse en un círculo ajeno a la vida, la encaró directamente en sus concretas exigencias, en sus cambiantes perspectivas y problemas.

Para Scheler, la filosofía no fué fría y minuciosa actividad académica sino una función vital, centrada en el núcleo mismo de la

persona, apasionado planteamiento de nuevos problemas, fervorosa inquisición de verdades.

Proteo de la idea, a cada contacto con la esfera de lo absoluto se volvía turbulento de sugerencias al hecho viviente, a la contingencia de la realidad concreta para contemplarlos en su peculiar individualidad y desentrañar su sentido original.

Atento al devenir vital y sus ingentes posibilidades, insertó en él el devenir de su propio espíritu, curioso, inquieto, alerta — maravilloso arco en tensión que disparó certeramente sus flechas hacia nuevos hitos, hacia rumbos inéditos.

Filosofar, para él, era cumplir un acto vital sublimado por el altísimo amor platónico a las ideas. Scheler no fué, pues, un profesor de filosofía en el sentido usual del vocablo, abonado por la mezquina y rutinaria tradición del siglo XIX, sino lo que podemos llamar una mente de irradiación, un inquietador, un modelador consumido por sagrado fuego, en quien la vida y la idea, trepidantes, generosas, se superaban en cada instante a sí mismas.

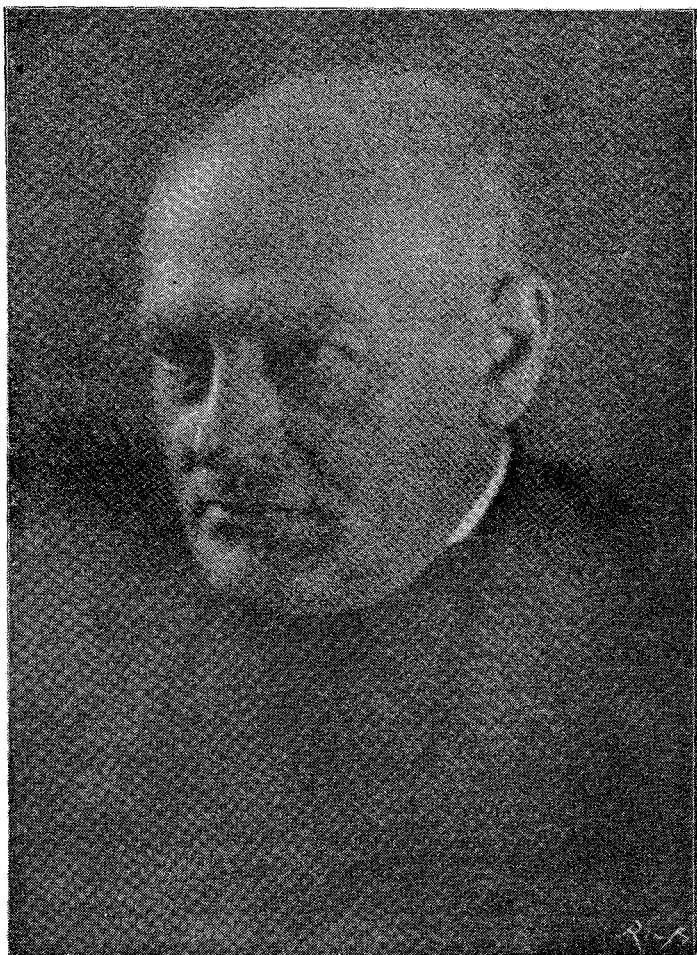
Su pensamiento no conoció la tranquilidad que anela satisfecha e inerte en las posiciones alcanzadas, en los sólitos puntos de vista, sino que, fiel a su interno dinamismo, espoleado por nuevas dudas, inquiría constantemente, avanzaba siempre, roturando dominios insospechados.

El desasosiego que en el terreno especulativo lo empujaba hacia nuevas metas, tornó vibrante y férvida su vida, que supo renovar sus propias convicciones, afinarlas, enriquecerlas. No temió cambiar, modificarse, cuando así se lo exigió el acelerado ritmo de su desenvolvimiento intelectual y vital.

Amó la vida tal como en su multiplicidad, en su perpetuo cambio y vaivén se desplegaba ante su espíritu ávido, que le otorgó renovada admiración. Porque *pensó lo más profundo amó lo más vivo*.

Trabajado por voluntad de perfección, realizó una ejemplar aproximación al hombre integral.

Muere cuando su actividad filosófica alcanzaba posición central y tenía entre manos una enorme y fundamental labor. Sistematizaba y organizaba los múltiples y jugosos elementos de su *Weltanschauung*, el más alto testimonio especulativo de nuestros



Max Planck

AÑO 16. N° 1-2. MARZO-ABRIL 1929

días. Fué, pues, el filósofo que más ahondó en la compleja e inestable urdimbre espiritual de nuestra época.

Maravillosa fluencia la de esta vida, que a fuerza de riqueza e ímpetu rebasó su propio cauce!

Espíritu exaltado por el *pathos* de misterioso dinamismo, supo de la insatisfacción de inextinguible anhelo de plenitud.

Justicieras y veraces dicen de él estas palabras con que el Dr. Rietzler, consejero de la Universidad de Frankfurt, lo perfila: "Si a su vida le hubiese sido dable cerrar tranquila su órbita, él mismo jamás hubiera creído alcanzado el fin ni ser perfecto, cuanto menos nunca imaginado que había comenzado a serlo".

Quisiéramos aducir un recuerdo personal, pero redobla nuestra emoción porque aún conserva nuestra mano el calor de la suya y vemos sus ojos claros y buenos, cristal de magnífica corriente en cuyo generoso fluir el pensamiento y la vida se realzaron en sus ritmos más bellos y profundos.

CARLOS ASTRADA

Colonia, Mayo de 1928.
